

CATEQUESIS Y MODERNIDAD

Por más que la fe sea un don gratuito, la educación en la fe no deja de ser, sociológicamente hablando, un proceso de socialización por el que el catecúmeno o el bautizado se integra en la comunidad de fe. Y este proceso no se realiza a espaldas del contexto cultural de la sociedad. El autor del presente artículo señala cuatro rasgos esenciales de la cultura de la sociedad contemporánea occidental. La catequesis ha de contar con ellos si quiere educar al creyente para vivir en la sociedad y no en un ghetto.

Catéchèse et modernité. Lumen Vital, 51 (1996) 19-52.

El desafío de la inculturación de la fe se agudiza en la modernidad cultural del viejo occidente "cristiano". Es en este occidente secularizado donde la fe y la institución eclesial que la vehicula son puestos a prueba. Los catequistas experimentan una ruptura entre el medio ambiente y las expresiones tradicionales de la fe. Pero nuestra época no es anticristiana, no está dominada por el ateísmo ni por la indiferencia religiosa ni por la decadencia moral. Sí se observa un continuo "darse de baja" de muchos de nuestros contemporáneos respecto al cristianismo recibido. Es como si el cristianismo les viniera estrecho.

De ahí, la importancia actual de una inculturación de la fe. Hay que arrumbar representaciones culturales pasadas de moda y discernir las nuevas relaciones entre la cultura presente y los recursos de la fe cristiana. Hay que hacer posible una experiencia renovada del Evangelio. Se imponen cuatro ejes de inculturación, correspondientes a los ejes esenciales de la modernidad. ¿Cuáles son estos ejes? ¿En qué modifican la relación cultural con lo religioso? ¿Qué perspectivas se le abren así a la catequesis?

Una cultura del sujeto

"Ser uno mismo" es una aspiración de la cultura actual, que valora la autonomía de la persona y su singularización. Según Valadier, "la modernidad se estructura en torno a la promoción de la subjetividad, entendida como la aptitud del sujeto a determinarse libremente y con conocimiento de causa". Nuestra cultura promueve la creatividad del individuo, la capacidad de desarrollarse a su gusto y de trazar las líneas de su propia existencia al abrigo de todo adoctrinamiento. La posibilidad de búsqueda, de expresión y de diálogo, el derecho a las convicciones personales son valores que se imponen desde la más temprana edad.

Cada uno es llamado, pues, a forjar su propia identidad y a encontrar su camino. Sin embargo, esta valoración no disminuye la importancia de las pertenencias colectivas y de las tradiciones particulares. Sin ellas el individuo quedaría sumido en la soledad. Pero tiene en su mano la posibilidad de filtrarlas, de pasarlas por la criba de la crítica, de reasumirlas, no como una herencia estereotipada, sino como un recurso que se apropia libremente para su desarrollo personal. Existe el riesgo del individualismo, del hedonismo y del elitismo. Pese a ello, lo que nuestra cultura, con toda razón, valora es

el derecho del sujeto a llegar a ser él mismo, a desarrollarse libremente, a participar en la construcción de la sociedad y a saborear el placer de vivir.

Esta cultura del sujeto afecta a la relación con lo religioso. La fe cristiana se medirá, pues, por la libertad y el desarrollo personal que haga posibles. "Mirad no recibisteis un espíritu que os haga esclavos y os vuelva al temor, recibisteis un Espíritu que os hace hijos y que nos permite gritar Abba, Padre" (Rm 8,15). Según esta línea paulina, la catequesis deberá contribuir a experimentar cómo la fe cristiana no es una sumisión ni constituye una amenaza para nadie. La alianza fraternal y filial que propone el Evangelio nos arranca del miedo diabólico que sospecha de Dios y lo hace un competidor de nuestra libertad. El Evangelio establece una relación no de dominio entre Dios y nosotros, y entre nosotros. La catequesis ha de insistir en el modelo de comunicación de la vida trinitaria, a la que nos introduce la gracia. Se trata de un modelo unificador y personalizador: cuanto más me acerco a Dios más soy yo mismo, más me hago persona ante los demás con una común e igual dignidad. Sería, pues, tarea prioritaria de la catequesis establecer las condiciones para que el sujeto pueda experimentar el carácter salvífico de la vida cristiana. La fe cristiana representa una capacidad de engendrarse a sí mismo en nombre de un Dios "Padre". Ser cristiano no es olvidarse de sí para dejar todo el sitio a los otros. Esta sería una concepción "victimista" del cristianismo. El ideal que propone el cristianismo consiste en unir tres amores: el amor de Dios, el amor del prójimo y el amor de sí. El reto más grave a la catequesis en nuestra cultura del sujeto es éste: manifestar la estrecha articulación de los tres amores y reconciliar la fe cristiana con la espontaneidad del amor de sí. El amor de Dios y el amor del prójimo ganarán en libertad y gozo.

Se impone, pues, que la catequesis, en su organización y en su funcionamiento pedagógico, valore la singularidad, los gustos, los talentos de cada persona. Conviene que la catequesis no sólo se dirija al grupo, sino que tenga en cuenta a cada persona. Lo que en cualquier hipótesis importa, es que se experimente la propia dignidad personal y la libertad que proporciona el Evangelio.

Una cultura democrática

La cultura actual del sujeto es social y colectivamente inseparable de la exigencia democrática. La democracia puede considerarse a diferentes niveles. A un primer nivel es un sistema político, garantizado por una Constitución que confiere la soberanía al pueblo, limita los poderes, protege las libertades fundamentales. Al menos idealmente, está orientado al bien común y a la promoción de los derechos de cada ciudadano. Se esfuerza por conciliar la organización de la justicia con el respeto de las libertades fundamentales. A un segundo nivel, la democracia afecta al conjunto del tejido social: familiar, educativo, asociativo, económico, cultural. En estos ámbitos la democracia promueve la sustitución del principio jerárquico por el de la diversidad de funciones: la práctica del acuerdo y de la participación tiende a desplazar el ejercicio autoritario del poder. A un tercer nivel, la democracia constituye una cultura viva, hecha de opiniones, de valores interiores de los sujetos que los disponen a la libertad de expresión, al diálogo y al reconocimiento del otro. En este sentido, hay un *ethos* democrático: hay una manera cultural de asumir la propia existencia.

El problema consiste actualmente en que la democracia está amenazada por dentro, porque sus instituciones van a la deriva. Por esto, según A. Touramine, lo que exige hoy la democracia es liberar a los sujetos y a los grupos del dominio de los sistemas (burocracia, lógica puramente económica, masificación cultural, etc.). A ella le toca favorecer su iniciativa para que sean verdaderamente actores y no simples comparsas de la historia común. Se trata de que cada cual, en vez de experimentar la vida como un sufrimiento, gane libertad frente a los determinantes sociales, a las instituciones y a los sistemas. "El objetivo principal de la democracia debe ser que los individuos, los grupos y las colectividades lleguen a ser sujetos libres, generadores de su historia" (A. Touraine).

Este ideal democrático, lejano y amenazado, marca las aspiraciones del mundo contemporáneo, tanto en el plano socioeconómico como en el familiar, escolar, asociativo y religioso. Esas aspiraciones democráticas plantean cuestiones cruciales al cristianismo. Es en las democracias más avanzadas donde la fe cristiana es puesta a prueba con mayor dureza y donde las instituciones eclesiales son más duramente criticadas aun por los cristianos. Y es que ciertos modos en el ejercicio de la autoridad y ciertas representaciones de Dios resultan hoy desfasados para el *ethos* democrático contemporáneo. Y, con todo, puede establecerse una verdadera relación de enriquecimiento mutuo entre la cultura democrática y el cristianismo. Dada la potencialidad del Evangelio a la hora de inculturar, la Iglesia tiene el campo libre para ser fecundada por la cultura democrática, en su funcionamiento y en su discurso. Si la Iglesia no constituye una democracia en el sentido político del término, no por esto deja de ser una comunidad particular que se escoge libremente. El reto consiste hoy en lograr que la fe resulte posible a nuestros contemporáneos con respecto a sus aspiraciones a más democracia, y en asegurar la credibilidad del testimonio eclesial en la sociedad: en la medida en que la Iglesia se enriquezca del *ethos* democrático, encontrará su sitio en la sociedad y podrá hacer valer en el debate público su fe y los recursos de su tradición. En esta tarea, la catequesis ha de desempeñar un papel esencial.

I. En su *funcionamiento*, la catequesis deberá estar atenta a que los catequizados puedan hacer una auténtica experiencia eclesial de libertad de expresión, de diálogo y de corresponsabilidad. Importa que los catequizados no sean sólo los destinatarios de la catequesis, sino que participen en su programación y organización. Han de experimentar que la institución eclesial está toda ella ordenada, en nombre del Evangelio, al desarrollo de las personas y al reconocimiento mutuo.

2. En su *contenido*, la catequesis contribuirá a descubrir las prácticas, a menudo olvidadas, que ha realizado el pueblo cristiano. Valorará la llamada conciliar a la participación de todos en la vida de la Iglesia. Subrayará que la vida cristiana es una manera de ser ciudadano, un modo de asumir el vínculo social reconociendo el don misterioso de una común fraternidad en nombre de un Dios al que podemos llamar "Padre nuestro". En nombre de esta fraternidad difundirá en la sociedad civil una mayor exigencia de vida democrática: el compromiso contra la exclusión de las minorías, la opción preferencial por los pobres, por la justicia social, y por la igualdad de todos en su diversidad. Se esforzará en manifestar que el Dios que se comunica al mundo alienta en la sociedad un espíritu de alianza que hace más acuciante la exigencia de participación y liberación.

La apuesta de la catequesis consiste, pues, en lograr que surja una generación de cristianos, los cuales, gracias al plus de sentido de urgencia que les proporciona el Evangelio, son capaces de promover los valores democráticos y de aportar el poder de su libertad y de su experiencia participativa.

Una cultura crítica

La eclosión de las ciencias modernas está ligada históricamente a la democracia. A todos los jóvenes actuales se les forma en los métodos críticos y se les da el enfoque científico. Desde la más tierna edad, se les sumerge en un universo técnico. La mayoría de profesiones requieren conocimientos científicos y el dominio de una técnica. La capacidad de análisis resulta hoy más que nunca un factor que favorece la integración social y la participación en la vida de la sociedad. Esta cultura científica modifica la relación con la verdad, especialmente con lo religioso. Señalemos tres trazos significativos de esta nueva relación.

I. El viejo debate que oponía fe y ciencia está superado. La ciencia ha perdido su pretensión de poseer la verdad. Nuestros contemporáneos reconocen que el discurso de las ciencias no pretende agotar la verdad. El lenguaje humano manifiesta otros registros no científicos, pero que no dejan de afectar a la vida humana: el registro moral ("no matarás"), el registro estético ("lo encuentro bello"), el emocional y amoroso ("te quiero"). Los saberes científicos aparecen siempre limitados y provisionales. Los saberes progresan multiplicando las cuestiones no resueltas, reestructurándose según nuevos paradigmas. Las ciencias proporcionan sí un control de lo real, pero no son fuente de certeza. Lo que difunden es el sentimiento de no saberlo todo, la extrema complejidad de las cosas más ricas que las teorías que se formulan. Paradójicamente inducen una cultura de lo efímero y de lo incierto. Esto empalma con la indecisión que se nota actualmente en materia religiosa. Lo que las ciencias proporcionan es una exigencia de rigor, de análisis y de método.

2. Hay que notar que si las ciencias ganan en dominio práctico y pierden en pretensión de "verdad", es normal que hoy se les haga otro tipo de preguntas. Pues todas las ciencias son humanas: están hechas por y para los hombres en circunstancias históricas determinadas. ¿Para qué sirven? ¿A qué preocupaciones humanas responden? ¿Para qué clase de sociedad? ¿Según qué valores? Preguntas todas que convergen en la encrucijada de las ciencias con la ética, la política, el derecho y las convicciones filosóficas y religiosas.

3. Las ciencias han contribuido a la secularización y al desencanto del mundo. Pero, de rechazo, se hallan hoy atrapadas en un proceso de reencantamiento: por doquier se manifiesta una religiosidad nueva -*New Age*- que se apoya en las ciencias. Teosofías, gnosis, esoterismos de todo tipo, desarrollan un conjunto de creencias y de prácticas (meditación trascendental, comunicación con los espíritus, etc.) apelando tanto a las ciencias como a las sabidurías religiosas. Nace una especie de nuevo concordismo entre las ciencias y las creencias. ¿Cómo se situará la catequesis en este nuevo contexto? Necesariamente deberá proponer un modo de existencia de la fe coherente y racional con respecto al universo científico y técnico. La fe no podrá permanecer como un ámbito separado. Todo está en saber qué tipo de relación hay que promover entre la fe y este universo. Propongamos tres perspectivas catequísticas esenciales.

a) Ante todo, es importante la distinción entre "confianza" y "creencia". Dada la diversidad de creencias, el término "creyente" resulta inadecuado para designar al cristiano. Y, dado que hace pensar en "credulidad", el término "creencia" se opone al espíritu crítico. La fe cristiana pertenece al orden de la "confianza". Se "cree" en los horóscopos, en los extraterrestres, en los fenómenos paranormales, etc. La "confianza" es relacional. Y, aunque trasciende la razón, puede aliarse con el ejercicio de la razón crítica. La fe cristiana va más allá de la razón, pero no es sin razón y lleva su ejercicio lo más lejos posible. Además, la "confianza" está ligada a la esperanza y al amor. Tener fe en otro es reconocer su amor y viceversa. Estas perspectivas son esenciales para hacer la fe posible en una cultura científica. Permiten distinguir el registro de la fe del registro de las ciencias, sin oponerlas. Y también permiten abordar lo relativo a la fe en su propio orden con todas las exigencias de racionalidad y de espíritu crítico. De ahí, la importancia de una catequesis metódica, que honre la inteligencia de los catequizados.

B) En segundo lugar, a la catequesis toca cuestionar el universo de las ciencias y las técnicas por sus repercusiones sociales y éticas. La catequesis deberá iniciar a los catequizados en este debate a partir de hechos y de situaciones concretas. Se trata, en nombre de los valores evangélicos, de cuestionar el uso de las ciencias y de someterlas a la criba de las exigencias éticas: el respeto de los derechos humanos, la promoción de la justicia socioeconómica, la defensa de la naturaleza, etc.

c) Finalmente, se impone favorecer una justa articulación entre el saber de las ciencias y el de la fe. La catequesis se esforzará en hacer experimentar que la fe puede recibir sentido de las ciencias y que, a su vez, puede releer los datos científicos proporcionándoles un sentido suplementario. Así, se podrán trabajar los textos bíblicos echando mano de las herramientas conceptuales de las ciencias del hombre. Y viceversa, se podrán releer los conocimientos científicos sobre el origen del mundo y la evolución de las especies a la luz de la teología. Todo está en hacer percibir, sin caer en el concordismo, que el saber de las ciencias y el saber de la fe pueden dar y recibir.

Una cultura de la comunicación

La sociedad secularizada y pluralista actual es una sociedad de información, de comunicación generalizada. El hecho de la comunicación no es nuevo, pero en la cultura contemporánea ha ocupado un puesto determinante. Todas las ciencias del hombre son ciencias de la comunicación. La mayor parte de los oficios actuales no consisten en "producir" sino en transmitir información, en organizar las relaciones humanas.

Esta sociedad de comunicación generalizada convierte el mundo en extremadamente complejo. Revisa todas las certezas y aumenta la dificultad de pensar y de situarse personalmente. La cultura de la comunicación es profundamente antidogmática. El término "dogmático" ha tomado el sentido peyorativo de "intolerante", "autoritario". Culturalmente no es posible hoy día separar la búsqueda de la verdad de la apertura al diálogo. En un contexto cultural así, ¿cómo va a hablar la catequesis de la fe?

I . Habrá de hacerlo en el marco de un auténtico intercambio. Prioritariamente procurará establecer un campo relacional en el que la búsqueda de la verdad vaya a la par con el diálogo, y el respeto a la libertad. Se trata de poner en práctica el diálogo en verdad al

que aspiraba el Vaticano II (*Dignitatis humanae*, n° 3). Se trata de poder hablar de Dios sin violencia, en el respeto escrupuloso de las reglas éticas de la comunicación humana. La manera de hablar de Dios será así una experiencia significativa de Dios mismo.

2. La catequesis deberá también encarecer que las afirmaciones dogmáticas, lejos de impedir la comunicación, hablan de la comunicación, revelan su misterio. La fe consiste en fiarse de Dios, que es una unidad de comunicación amorosa. Desde esta óptica el cristianismo no se opone a la comunicación, sino que le abre perspectivas insospechadas. La promueve luchando contra todas las exclusiones. Contra toda desesperanza, la reafirma transformando la muerte misma en un don de sí a Dios, capaz de resucitar la vida. El reto consiste en promover una visión del cristianismo que permita vivir intensamente en un universo cultural de intercomunicación. ¿No es el cristianismo la revelación del misterio de la comunicación?

3. En una sociedad de comunicación generalizada se planteará además la cuestión particular de la pluralidad y del encuentro entre religiones. En el concierto de las religiosas ¿qué sello de calidad respecto a la verdad puede reivindicar la fe cristiana? ¿Es sólo una manifestación cultural más de lo divino que trasciende todas las religiones? La catequesis de mañana deberá asumir estas cuestiones. En un clima de benevolencia, deberá proporcionar una información precisa sobre las diferentes religiones, su historia, su contexto cultural, su fondo común, así como su especificidad. Lo que importa es que los catequizados puedan comprender y vivir un encuentro con personas de otras religiones. A este respecto, la catequesis podrá resumir así el punto de vista cristiano:

- a) Confesión y anuncio de Jesucristo como Salvador de la humanidad entera.
- b) Reconocimiento de las religiones como auténticos caminos de salvación.
- c) Posibilidad, para las tradiciones religiosas, de enriquecerse mutuamente, sin caer en el sincretismo.
- d) Introducción en el diálogo recíproco de una instancia crítica: las ciencias humanas y los derechos del hombre.

El reto consiste en hacer una nueva generación de cristianos seguros de su fe, y a la vez, abiertos al diálogo interreligioso, con el objetivo de una investigación común, de un enriquecimiento mutuo y del compromiso por una humanidad más fraternal. Estos cristianos anunciarán la fe sin espíritu de superioridad, pero llamando a todos los hombres a reconocer en Jesucristo el don de una gracia suplementaria ofrecida, de más a más, de modo inesperado. "Porque de su plenitud todos nosotros recibimos ante todo un amor que responde a su amor" (Un I, 16), para que "nuestra alegría llegue a su colmo" (I Jn, 1,4).

Tradujo y condensó: TEODORO DE BALLE